

Margarita Costa

Samuel Monder

Mis recuerdos de Margarita están ligados a los comienzos de mi carrera. Ella fue quien dirigió las becas que obtuve del CONICET en ruta hacia mi doctorado. Por aquellos años trabajé como su ayudante en las cátedras de Introducción a la Filosofía e Historia de la Filosofía Moderna.

Era el año cero del retorno a la democracia. La Universidad de Buenos Aires había comenzado un proceso de normalización y Margarita había llegado al departamento de filosofía como parte de un proyecto renovador. Yo había estudiado durante los interminables años de la dictadura y acababa de terminar la carrera sin entusiasmo alguno, por un discutible sentido de prolijidad o quizás por no decepcionar aun más a mis padres, que ya se habían resignado a no tener un hijo abogado.

Suele pensarse que uno debe primero definir su interés filosófico para luego, en función de éste, acercarse a algún especialista que pueda guiarlo en el campo de elección. Mi caso fue exactamente el inverso. Me propuse hacer un doctorado en Hume porque quería trabajar con Margarita.

No es que no tuviese mis intereses. Me interesaba la filosofía del lenguaje y también la teoría del conocimiento. Pero sospechaba que los proyectos de investigación pueden ser adaptados, modificados o negociados de diversas maneras, teniendo una fluidez de la que no

suelen gozar los directores de tesis, cuya sombra se proyecta de manera duradera sobre nuestro trabajo.

En todo caso, la razón que tuve para elegir a Margarita fue en extremo simple. Ella representaba lo opuesto a mis viejos profesores, cuya actitud, en mi mirada, los acercaba más a un oscuro fundamentalismo que a un saludable ironismo socrático.

A todas luces Margarita era razonable, flexible y tolerante, siempre dispuesta a considerar otros puntos de vista; por añadidura, se mostraba interesada en mis ideas y me alentaba a escribir y a publicar.

En el trato personal era amable y cuidadosa. Como jefa de cátedra era altamente eficiente y ejecutiva, pero al mismo tiempo dejaba hacer, confiaba en el trabajo de los otros.

Era miembro de la *Hume Society*, asistía a las conferencias internacionales, estaba perfectamente al tanto de los últimos debates en el campo y me abastecía de libros que compraba en sus viajes.

Siendo decididamente joven en ese momento, recibí como algo natural y merecido algo que, ahora lo sé, debe ser pensado más bien como un regalo de la vida. Margarita fue extremadamente generosa conmigo, extremadamente dedicada. Puso a mi disposición sus saberes, sus contactos, su biblioteca. Fue mi agente publicitario, mi manager, mi promotora.

Tenía ideas muy claras acerca de lo que significaba hacer una carrera en filosofía, sabía con quien congraciarse, a quién no ofender, en qué revistas publicar, a qué conferencias ir, los pasos a seguir, etc., etc.

Esta última cuestión no es un tema menor. Hay una generación de profesores que a partir de mediados de los años '80 impuso un modelo de profesionalización exitoso. Que los estudiantes deban ser alentados a hacer un doctorado, a publicar en revistas especializadas o a asistir a conferencias quizás sea hoy un lugar común. Pero fue un paso revolucionario en la historia de nuestra facultad, en contraste con los ideales de autocomplacencia y mediocridad reinantes en la universidad de la dictadura.

Margarita fue una máquina de trabajar y de organizar. Y parte de su energía estuvo dedicada a crear puentes institucionales y conceptuales, canales de diálogo entre diversos modos de aproximarse a un texto filosófico. No estaba tan interesada en sus propias ideas. Y no es que no tuviese ideas o que no fuesen buenas. Creo que para ella, más bien, el placer de hacer filosofía tenía que ver fundamentalmente con entender ideas ajenas y maravillarse de la diversidad de modos de entender nuestra experiencia.

Defendida mi tesis doctoral sobre Hume, mis intereses me llevaron a continuar mis estudios en los Estados Unidos. A medida que fueron pasando los años, mis visitas a Argentina se hicieron menos frecuentes y mi contacto con Margarita se fue haciendo cada vez más esporádico.

Sin embargo, espero haber sido su buen discípulo durante estos últimos treinta años, alentando a mis estudiantes a escribir, a publicar y a seguir una carrera académica. Escribiendo para ellos buenas cartas, dándoles mi apoyo, admirando sus ideas y prestándoles mis libros.